pañol... Él, ya consumido por su dolencia, salía de su casita de Graus en busca del aire libre. Le acompañaba un criado, portador de una silla y una jarra llena de agua. Andando, o arrastrándose iba D. Joaquín de calle en calle. Tenderos, menestrales, propietarios, salían de sus moradas a saludarle. Era la gloria que pasaba. Hasta los menos cultos adivinaban que asistían a los últimos pasos del Gran Aragonés. Y Costa sonreía, sonreía, bien que supiera que aquello era su funeral. Cuando se fatigaba harto, sentábase en la silla. Y sediento constante, que eso era rasgo de su enfermedad, reclamaba la jarra y la consumía...

Sediento de agua, sediento de justicia... Ni el Ebro hubiera bastado a apagar su ardor interno, ni un novísimo régimen de justicias reparadoras habría acabado con su febril dolencia primaria: la noble ira contra el crimen triunfante...

Un día sintió el maestro la angustia irremediable. Iba a morir. Interrumpió el paseo, dejóse caer sobre un resalte de la montaña, apoyó su cabeza, la magnífica cabeza de pensador y de luchador, sobre la piedra fría, y allí quedó para siempre... ¡El Moncayo había crecido!

Antes de seguir quiero tomar en cuenta un comentario que, de cierto, pasa ahora por algunos de los cerebros del auditorio. Y ese comentario es éste: «¿Pero aún se nos va a hablar del caciquismo?... «¿Todavía hay quien cree que eso vale la pena de nuevo examen?... Ahora hay otros temas de mayor substancia... ¿No se ha enterado el conferenciante *de eso* del Sindicalismo?...»

© 2011 Real Academia de Jurisprudencia y Legislación